

La vida en otra parte
de Alexander Jiménez Matarrita:
un libro sobre cómo abrigar al forastero

*“el origen de una persona es un simple accidente,
somos del lugar en donde estamos”*

A. Newman, *El viajero del siglo*

En una obra clásica de la ciencia ficción, *Crónicas marcianas*, la humanidad entera se convierte en una raza de inmigrantes. Lo que inicialmente eran exploraciones timoratas hacia el Planeta Rojo, se transforman luego en agresivas expediciones de conquista. Poco a poco la Tierra se vuelve un lugar inhabitable, donde todos se sienten urgidos por huir. Marte es un universo fantasmal, poblado por espectros imprecisos. En su fuga, los humanos hacen desaparecer a los marcianos. Una vez devastados tanto el Planeta Tierra como el Planeta Rojo, el episodio final de la obra es estremecedor. Un último grupo de sobrevivientes navega por los desérticos océanos marcianos: una última familia, que se embarca en un viaje hacia la nada. Michael el menor de todos, señala en tono cándido:

—Siempre quise ver un marciano. ¿Dónde están papá? Me lo prometiste.

—Ahí están —dice papá, sentando a Michael en el hombro y señalando las aguas del canal.

Los marcianos estaban allí, en el canal, reflejados en el agua: Timothy y Michael y Robert y papá y mamá.

Los marcianos les devolvieron una larga mirada silenciosa desde el agua ondulada (Bradbury, 1994, 244).

Parábola de la condición humana, y de su naturaleza trashumante, esta obra expresa esa tensión que atraviesa a todo ser humano, la de ser, a un tiempo, huésped y visitante. He dicho a secas tensión, pero debo agregar inevitable. Solo mediante sofisticados retruécanos imaginarios es que nos hemos llegado a convencer de que entre la condición de visitante y la de nativo hay una relación de antagonismo. Todos, a la larga, seremos extranjeros, y a veces incluso en nuestra propia tierra. Si fuésemos conscientes de este hecho, por una cuestión de sobrevivencia elemental, es muy probable que no fuésemos tan cruentos con aquellos que se ven obligados a dejar su casa. Este principio ético es llevado hasta sus últimas consecuencias en la obra de Bradbury: al devastar un planeta, los causantes de esa debacle se devastan a sí mismos.

Ese mismo punto de partida ético es el que articula la obra de Alexander Jiménez *La vida en otra parte*. Bajo el entendido de que “despreciar otras creencias es despreciarse, es mostrar la pobreza de una cultura que no ha sabido educar a los suyos en la tolerancia y el respeto” (p.175), Jiménez reconstruye una serie de mitos y prejuicios, hurga en un sinnúmero de sobreentendidos y explora diversos constructos imaginarios fundacionales de la identidad costarricense. En particular interesan aquellos ideogramas referidos a los extranjeros que habitan Costa Rica y

a los costarricenses que deciden dejar el país. El principal blanco de las críticas de *La vida en otra parte* es el modo en que históricamente hemos construido imaginariamente el país tergiversando u olvidando los sucesos que tienen lugar alrededor de los fenómenos de la emigración e inmigración. En este sentido, el texto pone en evidencia la ingenuidad de aquellos que consideran que en Costa Rica no pasa nada desde el *Big Bang*. Para el autor del texto en este país pasa, y mucho. Allende esa imagen de una nación petrificada, quieta, Jiménez nos invita a pensar en Costa Rica como una nación más bien movediza, cambiante, con flujos migratorios que producen hondas transformaciones culturales. Así, a la peligrosa idea de que el país ha sido forjado únicamente por costarricenses y que por lo tanto debe conservarse una pureza metafísica que estaría siendo amenazada por aquellos que ingresan y aquellos que salen del país, tendríamos que oponer la tesis de que sin esas salidas y entradas no seríamos jamás el país que somos. En palabras del autor: “esta nación lleva dentro muchas nacionalidades” (p. 28).

He aquí una tesis utilizada con rigor en esta obra: las identidades son proyectos en permanente construcción. En consonancia con algunos referentes teóricos no citados en el texto pero que contribuyen a delinear su atmósfera (en particular pienso en la obra de Michel Foucault), Alexander Jiménez plantea como alternativa a las identidades carenciales y anquilosadas, por lo demás dominantes en la actualidad, un tipo de identidad que es pregunta, desafío. Esta manera de pensar lo identitario forma sin duda parte del clima intelectual moderno.

Ya Cervantes planteaba con la figura de aquel desaliñado caballero andante, la incertidumbre y la locura como formas alternativas de subjetividad. De Alfonso Quijano sabemos más bien poco. Que era un hidalgo pobre y que provenía de La Mancha. Fuera lo que fuese, lo cierto del caso es que Quijano habitaba un universo afectivo más o menos seguro: tenía una hacienda, y una sobrina y un ama que cuidaban bien de él. Hinchado de espíritu aventurero, sin embargo, Alfonso Quijano renuncia a sus comodidades y se convierte en El Quijote, un desafortunado caballero que sale en busca de sí mismo. Posteriormente ese modo

de entender lo identitario atravesará la modernidad en múltiples formulaciones. La virtud, en el caso de *La vida en otra parte*, es sugerir que así como tiene sentido pensar la identidad personal o individual como proyecto, también lo tiene pensar las identidades colectivas (en este caso nacionales) como algo inacabado. De este modo, hay implícita una apología del desconcierto. Si no somos ese país eternamente pacífico y bucólico, con valores que habría que resguardar y proteger de los extraños, entonces ¿qué somos? La respuesta es, nada que se pueda contestar *a priori*. O bien: somos una mezcla de lo que en adelante, y como sujetos histórico, queramos y podamos ser. Esa apología del desconcierto desemboca en una eticidad que parte del respeto; pero no exactamente del respeto a los otros, sino al derecho de esos otros a vivir en condiciones que les permitan decidir quiénes quieren ser. Esa forma de pensar las sociedades y los sujetos como empresas por realizar deja sin cabida al prejuicio, que vendría a ser una mera simplificación del otro o de la cultura de ese otro, en la que se los congela para, desde esa imposición simbólica, someterles. En ese sentido, los imaginarios xenófobos tendrían lugar a partir de falencias epistemológicas: al considerar al inmigrante o a su cultura definidos de una vez y para siempre, el xenófobo odiaría un fantasma, pues las culturas y quienes las producen están mutando permanentemente.

Es por eso que la figura del viajero asoma en la obra de forma peculiar. Odiseo aparece en los epígrafes de cada capítulo como el representante de todos esos que, en palabras del autor, llevan consigo su mundo a cuestas. Casi nadie emigra por diversión. El inmigrante, las más de las veces, va tras la búsqueda de unas condiciones que le permitan sobrevivir. Curiosamente, sin embargo, se convierte en el portador por excelencia de la ética aventurera enarbolada por el grueso de la filosofía moderna: el inmigrante, el viajero, nunca sabe exactamente a lo que va. El viajero es aquel que encarna ese ideal postulado por Andrés Newman según el cual “si sabes adonde vas y qué harás, es muy posible que termines sin saber quien eres” (2009, 119). En una sociedad plagada de esa literatura de pacotilla escrita por los gurús de la autoayuda que invitan a descubrir esencias donde solo hay existencias para decirlo en clave

sartreana, el inmigrante se opone de forma rotunda a ese ideal moral del que vive una existencia prefigurada, y definida de una vez y para siempre. En lugar de la seguridad como valor, de la búsqueda de resguardo y normalidad, el inmigrante (aunque no necesariamente porque así lo quiera) es un sujeto que se ve obligado a redefinirse permanentemente en su nuevo contexto.

Ahora bien, y ese es otro hallazgo de este libro, en su intento por descifrar quién es en ese nuevo universo que habita, el inmigrante cambia significativamente dicho universo. Es decir que la idea de que el inmigrante produce serias transformaciones culturales no es infundada. Lo que sí lo es, es la idea de que esos cambios son negativos. En una palabra: lo que los inmigrantes hacen del país que los acoge constituye también parte del patrimonio cultural de ese país. Otro tanto ocurre con los que salen del país. Ellos también transforman significativamente el lugar del que emigraron. No obstante, hay un empeño institucional por olvidar esos hechos, o bien por traerlos a colación de forma negativa. Dentro de la sensibilidad dominante, quienes emigran traicionan a la patria, abandonan sus familias y van en busca de la vida fácil; quienes inmigran corrompen los valores ancestrales y ponen en riesgo lo mejor de lo nuestro.

Pero en realidad, lo que evidencian estas fobias es nuestra incapacidad de reconocernos en esos que han tenido que dejar sus países de origen para aventurarse a hacer su vida en otra parte, así como nuestro rechazo a comprender que tarde o temprano también nosotros seremos los extraños.

Según Jiménez, la principal acusación al forastero, es que el lazo que lo vincula a la nación es accidental. A menudo, pues, se pone en entredicho su lealtad a la patria:

“Para los forasteros y forasteras los supuestos básicos de un mundo cultural, invisibles a los que siempre han vivido en medio de él, se pueden volver transparentes y objetivos. Quien llega desde otra cultura tiene la suficiente distancia para percibir lo cuestionable que resulta lo que parece incuestionable. Puesto que no comparten el pasado del grupo, los forasteros tienen una cierta autonomía para ver lo que no ven, por obvio o por costumbre, quienes siempre han estado

ahí. Como el niño del cuento, el forastero es el único que sabe que el rey va desnudo. Por eso, los nativos suelen dudar de su lealtad y le cobran su tendencia a interpretar el mundo con criterios de otro lado.” (p. 73)

Esta consideración del autor me parece sumamente valiosa. Explica el rechazo a los aportes culturales de los forasteros, cuyo origen efectivamente tiene lugar en el hecho de que un tejido complejo de significados a menudo se nos oculta cuando habitamos universos conocidos. Curiosamente, sin embargo, es un consabido que el extranjero, si quiere sobrevivir en tierras que le son extrañas, deberá adaptarse a todo lo que le resulte diferente, mientras que no se reconoce que los países también necesitan adaptarse a sus extranjeros si no quieren deteriorarse. Olvidar esto último es lo que ha hecho de Costa Rica un país impresentable. Un gran sector de la población considera que los extranjeros (ciertos extranjeros, por supuesto) constituyen un riesgo para el país. Nicaragüenses, colombianos y jamaíquinos son a menudo estigmatizados en los medios de comunicación y se les niega su estatuto de sujetos. En este sentido resultan paradigmáticas las declaraciones, traídas a colación por el autor, de cierto empresario español que exclamó con decepción: “queríamos que viniera mano de obra pero llegaron personas” (p. 24). Dicha aseveración permite ejemplificar un hecho mencionado en el texto: la discriminación hacia los inmigrantes es un fenómeno que tiene lugar en el marco de *conjuntos* de relaciones de poder.

Por otra parte, particularmente aguda y novedosa me parece la tesis de que los países son también el resultado de lo realizado por aquellos que se han ido de él. Se trata de nacionales que han tenido que dejar a sus familias; compatriotas que salen en busca de trabajo y de oportunidades académicas. Hay que decir que este documento es uno de los primeros en asignar el lugar que se merecen esos que se han marchado. El propio autor reconoce que los periódicos suelen hablarnos de lo que ocurre en el exterior con los futbolistas y “ese universo informe y patético de seres a quienes se llama *modelos*” (p. 54), pero también evidencia que es esa una cobertura tramposa que deja por fuera al grueso de emigrantes. Por otro

lado, se trata de un sector de expatriados que no representa al emigrante promedio. En una palabra: se nos habla solo del emigrante “exitoso”, pero no, por ejemplo, de las más de 125.000 personas que actualmente trabajan en duros oficios en los Estados Unidos. Lo más interesante del planteamiento del libro en este respecto es la tesis de que esos sujetos impactan de un modo decisivo no solo la economía del país, sino también la forma en que nos relacionamos aquellos que permanecemos en él:

“Por una extraña paradoja, lo que separa una y lo que aleja acerca. Quizá los que se han ido nunca habían estado tan cerca y quizá las familias y las comunidades nunca se habían comunicado tanto (...) A veces irse a buscar la vida es permitir que los demás también tengan vida.”

Antes de este libro, el efecto del alejamiento de algunos compatriotas estaba lejos de haber sido considerado en su justa dimensión en lo tocante a su influencia en el desarrollo de la vida cultural del país. Todos sabemos que algunos se van, y que eso provoca grandes cambios para el entorno afectivo inmediato de ese que se marcha, pero pocas veces reparamos en lo que eso significa para la vida del país. Al respecto, una fecunda intuición recorre las páginas de este libro:

“quizá lo que andamos buscando está cerca pero sólo lo tendremos si decidimos distanciarnos o partir. Así se construyen y reconstruyen las culturas. Quizá lo mejor de ellas venga siempre de otra parte. Quizá sea una herencia de quienes viven su vida en otra parte.” (pp. 47 – 48)

Es así que lo que en principio parece una reflexión de orden meramente regional se convierte en una tesis con tintes universalistas: se trataría de pensar un orden geopolítico en el que no solo se repare en el otro, sino también en el que nos dejemos interpelar y transformar por él. Sin la experiencia de contraste que nos ofrece el emigrante que vuelve, estaríamos condenados a la ceguera que implica el exceso de proximidad. Gracias a aquellos que se distancian comprendemos que el nuestro no es el único modo de

vivir. Gracias a ellos vemos cosas de nosotros que nunca hubiéramos podido advertir de otra manera.

Para concluir, unas palabras más relativas a algunos méritos adicionales de este libro. Uno de ellos es ofrecer un panorama sobre el trabajo que algunos colectivos, organizaciones y grupos independientes de personas han venido realizando para hacer de Costa Rica un país más hospitalario. Es esperanzador saber que en nuestro país existen esas redes. Además, la lectura del libro sirve para articular esfuerzos e identificar instituciones y personas que han contribuido a crear un proyecto alternativo de país. Su tono y escritura auguran que será un texto leído, comprendido y discutido tanto dentro de las aulas universitarias como fuera de ellas (cosa que ocurre cada vez menos con textos académicos), lo cual pronostica que también será una obra idónea para trabajar en pro de cambiar la xenofobia que el libro denuncia y repudia.

Por lo demás, hay que decir que *La vida en otra parte* ha sido elaborada desde una sensibilidad contrahegemónica que debemos celebrar. Y aunque esta reseña busca dar cuenta de uno de sus textos y no de Alexander Jiménez, quisiera añadir que tenemos acá uno de esos casos cada vez más raros de un autor que respalda con su cuerpo lo que escribe con la mano. De esta forma, tenemos en frente un libro que no solo nos invita a dar cobijo al que consideramos extraño, sino que también se avoca a demostrarnos que es posible hacerlo. Así, tal vez seamos capaces algún día de ver, como aquellos marcianos, nuestro rostro reflejado en el agua de algún lugar indómito, sin que esa imagen nos horrorice.

Bibliografía

- Bradbury, R. (1994). *Crónicas marcianas*. México: Minotauro.
- Jiménez Matarrita, A. (2009). *La vida en otra parte. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica*. San José: Arlequín.
- Newman, A. (2009). *El viajero del siglo*. España: Anagrama.